

## **El hambre de aprender**

**Por Alberto C. Taquini (h.)**

**Para La Nación**

**Noticias de Opinión:**

**Miércoles 9 de mayo de 2001**

La educación es herramienta para la transmisión del conocimiento y fuente de acceso a la innovación científico-tecnológica en la que vivimos inmersos. El mundo globalizado nos impone leyes inflexibles, imposibles de evadir. Una de ellas, quizás la decisoria para el enfoque exitoso de las políticas educativas de los países emergentes, es la que afirma que todas las naciones de la tierra compiten por atraer inversiones que ofrezcan a sus ciudadanos buenos empleos que les permitan el acceso al bienestar.

Los economistas dicen con razón que los bajos salarios no son señuelos para concretar las tan deseadas inversiones, pues anuncian niveles inferiores de productividad y la aplicación de tecnología obsoleta. La competitividad, en consecuencia, desaparece y la inversión se transforma en quiebra empresarial.

La clave indiscutida para alentar la inversión moderna es incorporar la mayor cantidad posible de valor agregado, y este ingrediente económico esencial no es otro que el nivel educativo de quienes trabajan. Una vez más, Sarmiento tiene razón: "Hay que educar al soberano", dijo en el siglo XIX y su apotegma resuena como verdad incontrastable en el siglo XXI. Sarmiento marcó el sendero fundador de nuestra política educativa, no dudando en importar científicos de Europa y maestras norteamericanas para actualizar a las docentes criollas y perfilar así un primer ensayo nacional de globalización.

Para él la frontera tenía un solo límite: la ignorancia. Menos de un siglo después, los resultados de su intuición estaban a la vista: Bernardo A Houssay, Luis F. Leloir y César Milstein llenaban de orgullo a todos los argentinos con sus premios Nobel y el conocimiento científico del mundo se enriquecía con los descubrimientos de la acción diabética de la hipófisis, la angiotensina, la UDPG y los anticuerpos monoclonales.

Educación superior integrada

En toda la Argentina, la formación profesional destinada a los jóvenes, la dirigida a los desocupados y la programada para la actualización permanente de la población la ofrecen 2000 instituciones que integran la educación superior y tienen un millón y medio de alumnos. La cifra es irrisoria: solo representa el 7 por ciento de los 20 millones de cursantes potenciales de la educación continua.

La integración de la educación superior ha merecido a lo largo de la década del 90 la atención del Congreso de la Nación, que sancionó la ley 24.521 en 1995; de los presidentes Carlos Menem y Fernando de la Rúa; de los ministros de Educación Juan José Llach, Hugo Juri y Andrés Delich, y de los secretarios Juan Carlos

Gottifredi y Adriana Puiggrós, en el nivel nacional, y Daniel Filmus, en la ciudad de Buenos Aires.

A la vez, esto es coincidente con lo sostenido por el presidente norteamericano Bill Clinton, en sus últimos dos mensajes al Congreso, donde se refirió, expresa y ampliamente, al tema de los colleges, exaltando su papel en el efecto multiplicador del conocimiento y alentando su generalización como servicio educativo ante la demanda genuina de las distintas comunidades de la Unión. En Europa, en estos mismos días, el presidente del gobierno español, José María Aznar, está aplicando la iniciativa.

Los colleges ofrecen un servicio educativo que articula la escuela media con la Universidad, con lo que solucionan el debatido asunto del ingreso universitario, e imparten formación profesional a la fuerza laboral desempleada, o en actividad, incluyendo la capacitación de los docentes. Naturalmente, esto no les impide otro tipo de difusión del conocimiento, de la ciencia, de las artes, de la informática y de los credos que demande cada grupo social deseoso de ampliar sus horizontes.

Tradicionalmente los colleges de otros países, como Gran Bretaña, Australia y Alemania, dan mucha importancia al desarrollo físico y al deporte entre la juventud porque con ellos se fortalece el carácter y se fomenta el trabajo asociado. Entre nosotros, la idea debería entenderse y difundirse. Y, en los tiempos que corren ignorar la informática e Internet es algo que roza el ridículo. Por eso, no son concebibles los colegios universitarios sin que en ellos exista la cultura del ciberespacio y la educación virtual.

Los institutos técnicos y del profesorado que están diseminados por todo el país son la base funcional para extender e intensificar la educación superior integrada entre nosotros. Los colegios universitarios tienen una misión transformadora que cumplir en la Argentina de hoy. Incorporada esta visión dinámica de la cuestión educativa, la sociedad se apropiará de la idea y encontrará por sí mecanismos institucionales para satisfacer rápidamente la demanda de cada región.

Hasta aquí llegamos. Alumnos, instituciones educativas públicas y privadas, municipios, ministros de Educación de cada provincia y todos los miles de partícipes convocados a este desafío, tienen ahora el Palacio Pizzurno con las puertas abiertas para implementar esta empresa. El Ministerio de Educación ha sumado a los del Interior y de Trabajo, preocupados por la ocupación territorial mediante la jerarquización educativa de los municipios y por el pertinaz problema de del desempleo.

El hambre de aprender comienza a ser satisfecha.